

SOÑANDO VICTORIAS, DICIENDO CANTARES

José Manuel SOLLOSO GARCÍA
Subteniente mecánico

La música es el lenguaje del alma.

(Schubert).



UNA costumbre muy arraigada y de honda tradición naval, habitual a bordo de los buques de la Armada cuando se hacen a la mar o regresan a puerto, es emitir por la red de órdenes generales alguno de los innumerables himnos, marchas o canciones populares que a lo largo de nuestra historia han servido para estimular, animar y entretener a nuestras Fuerzas Armadas.

La mayoría de estas composiciones musicales militares tiene sus orígenes en algún acontecimiento puntual, relacionado normalmente con algún hecho de armas que en su día marcó el paso de la historia; otras, sin embargo, proceden de la música popular, como son los pasodobles y las zarzuelas; y hay otras, como el caso de los himnos, que son composiciones musicales escritas para ser coreadas y poder expresar de forma solemne, en determinados momentos, los sentimientos de un conjunto de personas unidas por ideales de valor, amor, lealtad... Un ejemplo de ello son los himnos de los países o de determinados cuerpos armados y entidades religiosas.

Es muy probable que la tradición musical en la Armada surgiera a bordo de las galeras, cuando eran movidas al compás de los remos. Para ello, se instalaban en un lugar estratégico de la galera dos grandes tambores de percusión a los que se les arrancaban de forma constante y acompasada unos sonidos armónicos que servían de referencia auditiva para que los galeotes, alojados en ambas bandas y en las diferentes cubiertas de la galera, movieran los remos con el mismo ritmo y, a ser posible, con la misma fuerza.

Pero poco a poco la estructura de los navíos se fue modificando, y un conjunto de velas de varios tamaños, palos, vergas y aparejos sustituyeron a los remos, haciendo más cómoda la vida a bordo y cambiando los métodos y formas de trabajar, algunos de las cuales han llegado a nuestros días convertidos en costumbres y tradiciones.



Tambor Regimiento Zaragoza, 1748.

El chifle del contraamaestre es un «instrumento musical de viento» de fácil manejo, que se empezó a emplear a bordo de los buques porque emitía unos sonidos agudos e intensos, fácilmente audibles por la marinería cuando realizaba maniobras en cubierta; sobre todo, cuando las inclemencias del tiempo dificultaban la audición de las órdenes verbales de los contraamaestres. El chifle se convirtió en un cómodo instrumento de trabajo, que junto a los instrumentos musicales embarcados por los infantes de marina (pífanos, tambores y trompetas), empleados para los toques de ordenanza (diana, generala, fagina, etc.), servían para animar a los marineros e infantes de marina durante el trabajo y el combate.

A partir del siglo XVIII los instrumentos musicales fueron desapare-



Levando a ritmo de violín.

ciendo paulatinamente de los buques debido a su poca utilidad y falta de movilidad en espacios pequeños, volviendo a los cuarteles de la Infantería de Marina, donde los músicos Mayores se dedicaron a componer los himnos, marchas y canciones que han llegado a nuestros días.

Al margen de la historia más o menos oficial que de forma cronológica se pueda hacer para introducirnos en los orígenes de la música naval, hay que recordar la gran variedad de canciones populares, no menos importantes, surgidas de forma espontánea en el entorno marinero, cantadas alegremente en los sollados y las cubiertas de los buques y acompañadas de algún instrumento de cuerda que ayudaba a marcar el ritmo; canciones que, en ocasiones, se cantaban también durante la realización de alguna faena marinera.



¡Oh, *Galatea!*

Una canción popular con gran tradición marinera, recordada con cariño por los veteranos contramaestres de la Armada, y que a modo de himno se cantaba en el buque escuela *Galatea*, es la adaptación de la polca *El barril de cerveza* (*láskg*), compuesta a principios del siglo XIX por el polaco Jaromir-Vejvoda. La polca fue traducida y adaptada a 30 idiomas y, según dijo el general Eisenhower, «ayudó a los aliados a ganar la guerra». La versión española dice:

«¡Oh, *Galatea!*, eres el barco mejor
tú te cimbreas entre babor y estribor
y tus marineros canta una canción de amor.»

Lili Marlene

Fue una canción popular alemana de los años 30, que pasó nuestras fronteras para formar parte de nuestro repertorio de canciones de marca. La compuso Norbert Schultze y la cantó por primera vez Lale Andersen, consiguiendo cautivar a todos los soldados enfrentados durante la Segunda Guerra Mundial. Al principio, los dirigentes nazis prohibieron su emisión por su excesiva ternura, y fue necesario darle aires marciales para poder ser nuevamente emitida por la emisora Radio Belgrado. Se tradujo a 27 idiomas con 40 versiones distintas, todas ellas cargadas de recuerdos y promesas de cariño. Acabada la guerra, el general Eisenhower dijo de su compositor «que había sido el único alemán que durante la guerra alegró al mundo entero». La versión naval dice así:

«Cuando al partir, viniste siempre fiel
a decirme adiós a la puerta del cuartel.
Te prometí, también juré
pensar en ti y sólo bien.
Adiós, adiós, adiós
Adiós, Lili Marlen.»

La Oración

Es tradición en la Armada que todos los días a la puesta del sol y después del arriado de la bandera se cante la *Oración*, en recuerdo y homenaje a todos los marinos que murieron en la mar. La *Oración* es una composición de José Sancho Marraco, un catalán que clasificó musicalmente las campanas de la Catedral de Barcelona. La oración dice:

«Tú, que dispones de cielo y mar,
haces la calma, la tempestad.
¡Ten de nosotros, Señor, piedad!
¡Piedad, Señor, Señor, piedad!»

La Salve Marinera (O. M. de 16 de noviembre 1942)

Es un cántico de gran trascendencia popular y hondo sentimiento religioso dedicado a la Virgen del Carmen, patrona de todos los hombres de la mar. En la Armada es tradición cantarla para agradecerle su protección cuando finalizan los actos religiosos. Don Cristóbal Oudrid, que por cierto era extremeño,

fue su compositor. Su obra musical fue muy prolífica: compuso 88 zarzuelas, entre ellas *El sitio de Zaragoza*. En 1885 compuso la zarzuela *El Molinero de Subiza*, que se estrenó en el Teatro de la Zarzuela el día cuatro de noviembre de 1870, y de donde salieron las notas musicales y la letra de la *Salve Marina*, que dice:

«¡Salve!, Estrella de los mares,
Iris de eterna ventura;
¡Salve! Fénix de hermosura,
Madre del Divino Amor
De tu pueblo a los pesares
Tu clemencia dé consuelo
Fervoroso llegue al cielo
Hasta ti nuestro clamor.»

Los himnos son, como ya hemos dicho, composiciones musicales escritas para ser coreadas y expresar en determinados momentos, de forma más o menos solemne, los sentimientos de un conjunto de personas unidas por ideales de valor, amor y lealtad. Desgraciadamente, el *Himno Nacional* español no tiene letra. Las dos versiones escritas, una por don Eduardo Marquina durante la monarquía de S. A. R. don Alfonso XIII, y la otra por don José María Pemán durante la dictadura del general Francisco Franco, han caído en el olvido. Es por ello frecuente ver los rostros de nuestros representantes (atletas, artistas y políticos) cuando fuera y dentro de nuestras fronteras quedan enmudecidos al oír el *Himno Nacional*.



Dentro de la variedad de himnos que hay en la Armada, todos ellos cargados de sentimientos patrióticos, el más significativo y que abarca el sentir de todos los marinos españoles es el *Himno de la Armada*, escrito por don José María Pemán y musicado por don Germán Álvarez Biegdeber. Ambos creadores gaditanos tienen dentro de sus respectivas actividades culturales un reconocido prestigio que los sitúa en un puesto preferente ganado «a golpe de pluma y batuta».

Don José María Pemán era natural de Cádiz, donde nació el 8 de mayo de

1878. Desde muy temprana edad sintió la atracción del mundo de las letras, en el que desarrolló una gran actividad. Tocó todos los «palos literarios»: fue poeta, dramaturgo, ensayista, novelista, articulista, orador y, de profesión, doctor en leyes. A los 36 años ingresó en la Real Academia de la Lengua ocupando el sillón «i», y fue su director en dos épocas. En 1940 puso letra al himno de la Escuela Naval Militar, que por aquel entonces estaba ubicada en San Fernando (Cádiz), siendo su director el capitán de navío don Pedro Nieto Antúnez.

Don Germán Álvarez Beigbeder era natural de Jerez de la Frontera, donde nació el 15 de diciembre de 1882 en el seno de una familia acomodada, dedicada a la exportación de vinos. Su madre, de origen francés y gran amante de la música, fue la que lo inició en el mundo de la música, despertando en él desde muy temprano su afición musical. A los 14 años compuso una plegaria dedicada a la Virgen del Perpetuo Socorro. Cuando acabó sus estudios de bachiller se trasladó a Madrid para trabajar en el negocio familiar, iniciando al mismo tiempo los estudios de música y solfeo, que le valdrían para opositar a músico mayor de Infantería de Marina, obteniendo la plaza casi sin realizar examen. En 1929 pidió la baja en la Armada para ocupar el puesto de director en el Conservatorio Otero (Cádiz), y al mismo tiempo crear en su querida tierra natal la Escuela Municipal de Bandas de Música de Jerez. Su obra musical es muy variada; tocó casi todos los «palos musicales», destacando las composiciones sinfónicas para piano, *Sinfonía en Sol* y *Campos jerezanos*, las misas *Stábat Alma* y *Salve Regia* y un gran repertorio de marchas militares y procesionales. Una de ellas fue el *Himno* de la Escuela Naval Militar, que con el paso del tiempo se hizo tan popular que se canta en todos los actos oficiales de la Armada española, convirtiéndose en un signo de identidad.

«Soplen serenas las brisas
ruja amenazas la ola,
mi gallardía española
se corona de sonrisas.
Por ti, Patria por ti sola
mi vida a los mares di;
por ti al peligro ofrecí
mis obras y pensamientos.
¡En la Rosa de los Vientos
me sacrifico por ti!
Por tu sagrada presencia
que nada turba ni empaña
tiene sus horas la hazaña
y sus horas la obediencia.
Hay que morir o triunfar,

el imperio a España vendrá
por los caminos del mar
Hay que triunfar o morir,
que nos enseña la Historia,
en Lepanto la victoria
y la muerte en Trafalgar.
Soñando victorias, diciendo cantares,
marinos de España crucemos los mares,
delante la gloria, la leyenda en pos;
debajo las voces de nuestros caídos
y arriba el mandato de España y de Dios.»

